



El Hueso de Rufus

Marie Buenger



Rufus, un perro callejero con el pelaje de color tierra y ojos vivaces, vagaba por las calles adoquinadas de la ciudad. El sol de la tarde proyectaba largas sombras mientras olfateaba el aire, buscando cualquier rastro de algo interesante. De repente, entre los restos de un mercado bullicioso, algo blanco y prometedor captó su atención.



Sus orejas se levantaron y su cola comenzó a moverse con una alegría incontrolable. ¡Era un hueso, grande y carnososo, el tesoro más grande que había visto en mucho tiempo! Con un ladrido de pura felicidad, Rufus se abalanzó sobre su hallazgo.



Sosteniendo el preciado hueso firmemente entre sus mandíbulas, Rufus decidió buscar un lugar tranquilo para disfrutar de su banquete. Corrió por un sendero polvoriento, el viento acariciando su pelaje mientras sus patas lo llevaban hacia las afueras de la ciudad. Su corazón latía con la emoción de su buena fortuna.



Llegó a un viejo puente de piedra que cruzaba un río sereno y cristalino. El agua reflejaba el cielo azul y las verdes orillas con una claridad asombrosa. Rufus se detuvo en el medio, mirando hacia abajo para contemplar el tranquilo fluir del agua.



Allí, en el brillante espejo del río, vio a otro perro. Este perro también tenía un hueso en su boca, y parecía aún más grande que el suyo. Rufus ladeó la cabeza, su ceño fruncido con curiosidad y una punzada de envidia.



"¿Quién es ese perro?", pensó Rufus, sus ojos fijos en el reflejo. "¿Y cómo consiguió un hueso tan enorme? ¡Parece mucho más grande que el mío!" La felicidad de su propio hueso comenzó a desvanecerse ante la visión de lo que creía que era un tesoro superior.



La codicia invadió su corazón. "¡Quiero ese hueso!", gruñó Rufus, sus labios se curvaron en un pequeño desafío. Con un ladrido fuerte y resonante, intentó ahuyentar al "otro perro" y reclamar el hueso más grande.



En el instante en que su ladrido resonó sobre el agua, el hueso se deslizó de sus mandíbulas abiertas. Con un chapoteo, cayó al río y se hundió rápidamente en las profundidades. Al mismo tiempo, el "otro perro" y su "hueso gigante" desaparecieron como por arte de magia.



El agua fría y oscura envolvió a Rufus, quien luchó por mantenerse a flote, completamente empapado y tembloroso. Nadó con todas sus fuerzas hacia la orilla, buscando desesperadamente el rastro de su hueso perdido. Pero el río se lo había tragado, dejándolo solo y sin nada.



Finalmente, Rufus logró arrastrarse hasta la orilla, tiritando y cubierto de barro. El sol se ponía, tiñendo el cielo de tonos dorados y rojizos, pero su corazón estaba pesado. Miró el río vacío, comprendiendo amargamente que su propia codicia le había costado todo lo que tenía.